

comedia titulada *Los preciosos ridiculos*. El espectáculo no había cambiado: solamente los espectadores eran mas numerosos.

A propósito de Molière y del teatro griego, es una idea excelente que se debe á Rangari, representar traducciones de nuestro gran cómico á falta de obras



El teatro de Herodes.—De fotografía.

nacionales. Todas las noches se llenaba el teatro, y sería una especulación construir un teatro *ad hoc*, porque el actual coliseo está ocupado todo el invierno por una compañía italiana.

En 1858 esta compañía era bastante secundaria; sin embargo, se la aplaudía y se la arrojaban flores, según costumbre italiana: los espectadores se visitaban también á la italiana y éste era uno de los ma-

yores encantos de la *soirée*; no el único, porque me acuerdo de haber aplaudido mas de una vez á Teresa Gori, que era muy lucida en verdad, y de haber dicho á la Demoro que tenia talento. ¡Perdóneme la Frezzolini!

Alrededores de Atenas.—El brigandaje en Grecia.—Daphne.—Eleusis.—Scaramanga.—El Pireo.—Terremoto.

Preguntad á un ateniense si hay salteadores en Grecia y no os responderá que sí ni que no; os dirá como Lasagne: hay y no hay, es decir, que hay sin haber. En Atica hay salteadores, no siempre, pero sí á veces.

A pesar de esto, nosotros hemos recorrido el país sin ningun encuentro. Una de las grandes distracciones de la vida ateniense es el paseo á caballo y se elige para ello el camino de Tebas. Al salir de la ciudad se sigue el bosque sagrado que atravesaba la teoría de Eleusis y en breve tiempo se llega á Daphne.

Este lugar es de los mas agradables durante el calor del mediodia, y desde la colina sombreada por los pinos que la cubren se puede uno entregar á las mas profundas reflexiones sobre la inconstancia de las cosas humanas, porque á dos pasos se alza una abadía de estilo bizantino, ingerta en un construccion



El templo de Sunium.

latina, que lo es á su vez en otra helénica. Mr. Buchon ha hecho en el interior de esta abadía que era el *Saint-Denis* de la familia de la Roca, los mas preciosos descubrimientos para su historia de los duques franceses de Atenas.

A un kilómetro mas lejos esta la playa de Scaramanga que redondea la bahía de Eleusis, que las montañas cierran como un lago. La vista de esta sábana es bellísima cuando los últimos rayos del sol luchan con las sombras de la noche, y todos los colores y formas toman ese aspecto fantástico y dudoso.

Los viejos bosques de mirto que se inclinan hácia el mar no resuenan con el ruido del tímpano, pero se oyen siempre á esta hora como suspiros entre el ramaje. El cristianismo no ha puesto del todo en fuga á los silvestres huéspedes de la mitología.

He leído en un libro sobre la metempsicosis que las almas de los filósofos iban á habitar casi siempre los

cuerpos de las garzas, y hay allí al borde de un lago salado una garza blanca que debe ser un gran escéptico. Siempre que yo pasaba por su retiro, solía enviarle una bala, pero ella se burlaba de mi mala puntería. Este extraño pájaro es el único ser viviente de esta llanura que llega hasta Eleusis.

Un día tuvimos la suerte en este pueblecillo de caer en medio de unas bodas: las calles, los tejados, las ventanas y las puertas, todo estaba lleno de curiosos. Fue preciso hacer honor á los novios bebiendo y servir de blanco á aquella sencilla poblacion.

Es costumbre entre las jóvenes albanesas llevar su fortuna en monedas de oro alrededor de la cabeza, costumbre por la que los novios saben á qué atenerse.

Una mañana que habíamos ido á Scaramanga en vez de volver por la parte de Eleusis, seguimos el contorno de la bahía hasta el Pireo. Dunoyer tuvo necesidad de toda su ciencia de equitación para saber

contener la fogosidad de su caballo, y nuestro amigo Typaldos de toda su elocuencia para distraernos de la molestia del ardiente sol. Eran los primeros días de la primavera: bajo la tibia y trasparente luz todo florecia alegremente.

He dicho al comenzar este relato, hablando del Pireo, *pueblecillo*: rectifico, ya que es oportuno y pido perdón á sus habitantes. El Pireo es una ciudad. En ella hay buenas calles, reverberos, fondas, cafés, elegantes tiendas de pastelería, pintadas al fresco, á la italiana, señores de levita y damas con sombrero. Es, pues, una ciudad el Pireo, y no reconocerlo así, sería una ingratitud por mi parte, porque aquel día nos acogió de una manera triunfal. Toda la rada estaba empavesada, unos quince ó veinte muchachos corrían delante de nosotros, las muchachas se asomaban á sus ventanas y en el aire volaban algunos *sonetti d'amore*.

—¡Hace hoy mucho calor! decían por todas partes.

En efecto, hizo tanto calor, que al día siguiente hubo un terremoto. Nunca olvidaré aquel momento. Estábamos á la mesa y ví á mi compañero de en frente subir y bajar y volver á subir haciendo la señal de la cruz: los moros huyeron gritando *¡Terre moto! ¡Terre moto!*

En la fonda de Oriente solo se derramó la salsa en los manteles, pero en Corinto se destruyó parte de la ciudad.

El Pentélico.—El Himeto.—El Parnes.

El paseo que prefieren los ingleses es el de Pentélico. Al efecto alquilan caballos y atraviesan la llanura levantándose sobre los estribos con esa elegancia mecánica que les distingue. Un *agoyate*, (alquilador de caballos y cicerone) les precede cargado de víveres y al llegar al pie de las célebres carreras desde donde se abarca el horizonte de Maraton á Salamina, hacen saltar los taponés. *Ερ οισα ηλγθεα*, dice el proverbio griego. Los griegos son sobrios y no buscan la verdad; los ingleses no la han encontrado aun. En estas investigaciones pillan muy buenas insolaciones, pero el inglés no transige nunca con sus principios: si él muere otro acaba de apurar su vaso.

La ascension del Himeto es fácil. La miel del Himeto tiene fama universal: las flores del rhododendron y la azúcar del paika le dan un perfume y sabor exquisitos. Se recoge en un antiguo convento de Kaissariani. Desde la cima del monte se estiende la vista hasta Sunium.

Yo conservo de este sitio un recuerdo particularmente íntimo. Una fría mañana de invierno encontré allí entre la nieve una tortuga que conservamos mucho tiempo en nuestro aposento en compañía de un carnero. El carnero corría y saltaba hasta en la sala en que habia de ser sacrificado; pero la tortuga

miraba siempre ansiosamente al campo. El carnero es un animal estúpido que no tiene ningun cuidado por su libertad; pero la fortuna no esta bien hallada en la esclavitud. No atreviéndonos á condimentarla le dimos libertad al llegar la primavera.

Pero este animal tiene un terrible enemigo en el águila, y así que apenas habíamos andado unos pasos cuando una de ellas la agarró y subiéndola á los aires la dejó caer sobre una roca. Hé aquí una diversion de los atenienses. Compran una osamenta de vaca ó de caballo que dejan por la noche en una roca tomando posicion conveniente y por la mañana tiran á su sabor á las águilas que acuden á la presa.

Kephisia.

Es costumbre en toda la cristiandad oriental comer un cordero el día de pascua. Este día elegimos nosotros el pueblecillo de Kephisia, que viene á ser el Saint-Germain ó el Sorrento de los atenienses y partimos de madrugada con la víctima comprada en el mercado de Atenas.

Dimitri preparó el cordero á la manera de los pallikares y la comida fue larga y divertida. Despues de haber bebido copiosamente, bajamos á la gruta de las Ninfas lanzando al aire las últimas *toasts*.

La naturaleza ha adornado á este pueblecillo con todos los encantos, y los hombres han construido en medio de su esplendente verdura pequeñas y bellísimas quintas: el recuerdo de este día me ocurre con frecuencia á la memoria y ocupa en mi pensamiento uno de los mejores lugares.

Despues volví otra vez, pero todo habia ya perdido aquellas azuladas tintas que me sedujeron. Verdad es que habia perdido en Smirna mis lunetas y que si la soirée pasada en casa de la señora Tissamnos fue encantadora, fue horrible la noche en la fonda. El molestísimo insecto *cinex lectuarius* no me dejó parar un momento.

—Es singular, me decía el día siguiente el fondista: el ministro de Rusia y madama Ozroff no se han quejado de ellos.

Despues he sabido por un naturalista que hay cuarenta y tres especies de chinches que profesan opiniones diferentes. Estos eran sin duda del partido *nopista*.

Excursion al cabo Sunium.

Pocos días despues de mi llegada á Atenas, formamos el proyecto de visitar el célebre hexatelo de Sunium, pero el invierno se anunciaba de un modo riguroso. Desde noviembre no cesaba de soplar el Norte y la nieve cubria ya la tierra. Yannis nos aconsejó enviar caballos á Keratia y trasladarnos allá en car-

ruaje, lo que nos permitia hacer el viaje en veinte y cuatro horas entre ida y vuelta.

El 12 de diciembre se decidió con Typaldos que partiéramos el día siguiente á la salida del teatro. En efecto, cuando *La Traviata* exhaló su último suspiro, nos embozamos en nuestras capas, nos acurrucamos en el carruaje murmurando uno de los refranes elégiacos del maestro. Aun no habia hecho una noche tan fria y triste. Desde lo alto del Parnés el viento barria la nieve en ráfagas heladas y los reverberos de la calle de Eolo gemian lanzando tímidos y desiguales resplandores.

Poco tardamos en penetrar en el campo: á cada vaiven deplorábamos la falta de puentes y calzadas, y tuvimos que apear nos muchas veces para facilitar el paso á los caballos. Por fin asomó el sol entre el Himeto y el Pentélico; pero derritiendo la nieve empapó el terreno y difícilmente pudimos llegar á Keratia.

Keratia es un poblachon situado en un punto pintoresco bajo el doble cuerno de una montaña.

La sala baja en que entramos para reposar mientras ensillaban los caballos ofrecía una mezcla singular de grandeza y abandono. Sentados en carcomidos bancos estaban dos jóvenes de agradable aspecto, comiendo modestamente. No se puede imaginar el aire sencillo pero magestuoso de esta gente, y ante este espectáculo, se siente uno inclinado á excusar sino á comprender, el estilo ampuloso de Pouqueville y las sonoras frases de Chateaubriand.

Saliendo de Keratia se sigue el declive del terreno hasta una meseta poblada de pinos. Del fondo del mar que llenaba el horizonte surgian las islas de Helena, de Ceos, de Cythnos y de Seriphos. En la primera es donde brota el *helianthemum* formado con lágrimas de Helena: su flor es tan bella, que podría decirse que las lágrimas de la fugitiva princesa eran sonrisas. Ceos es la moderna Zea, rica en vinos; Cythnos tiene aguas termales, y Seriphos tiene gran fama por el cultivo de las cebollas.

Desde allí, y bajando siempre, se llega á la playa de Porto-Mandri, donde algunos vestigios arquitectónicos revelan la existencia de un antiguo templo, último resto de Thorcios, una de las doce ciudades jónicas.

Desde aquí á Laurium se flanquea el mar al través de un terreno pantanoso, en que crece y se cierra á intervalos la adelfa exhalando un fuerte olor narcótico: de manera que al llegar al punto en que se ve el templo Sunium, se siente uno como acometido de cierta especie de vértigo.

El *ayagate* que nos servía de cicerone, no sabia positivamente si en Sunium se adoraba á Neptuno ó á Minerva: yo tampoco lo sé, y los arqueólogos saben tanto como nosotros en este punto. Lo que hay

de cierto es que un pastor sentado en medio de las ruinas dirigía á Vénus una lenta y grave melopea, y que si su voz era falsa, su sentimiento era verdadero.

El día estaba ya muy avanzado; cuando nosotros volvimos, y por abreviar el camino, nuestro guía nos llevó por medio de un bosque.

Despues de dos horas de marcha por difíciles caminos, volvimos á ver á Keratia. Nuestro carruajero nos esperaba hablando de política. La presencia de un ateniense es una fortuna para estas pobres gentes que no teniendo servicio de correos ni fácil comunicacion, viven en completa ignorancia de los acontecimientos de la capital.

Al partir nos despidieron con sumo agrado deseándonos buen viaje, el cual no terminó hasta la una de la noche, despues de veinte y cuatro horas de fatiga.

Vuelta á Francia.—De la opinion de algunos apestados, sobre los griegos en general y los atenienses en particular.

A la vuelta de un viaje á Turquía á fines del verano de 1858, me detuve otra vez en Atenas, y en agosto me embarqué para Francia á bordo del *Cydneus*.

La peste estaba á la sazón en Bengazi y el *Cydneus* habia tomado pasajeros de un barco que habia comunicado con otro procedente de Bengazi. Era ya lo bastante para despertar la bárbara susceptibilidad de la cuarentena.

Me ví, pues, obligado á estrechar la mano de Dunoyer antes de tocar el barco sospechoso, y á llegar á Marsella con la triste prevision de hacer en el lazareto del Friul una estacion de algunos días: por fortuna no fue así.

Durante esta travesía se mató el tiempo lo más agradablemente posible entre los apestados. La compañía era muy agradable, las mujeres muchas, y la conversacion larga y animada en esas noches de agosto llenas de estrellas.

Yo me reunía frecuentemente con una familia inglesa que venia de Smirna, y que se componía del padre, comerciante en opio, de la madre, que habia pasado ya los cuarenta cantos de su odisea y de dos hijas de belleza encantadora, rubias y rosadas como las cria Inglaterra, indolentes como las hace el clima de Asia. Con esta familia viajaba un maestro siciliano, profesor de canto y de piano.

—¿Qué piensa usted de los griegos? me preguntó una vez el comerciante de opio.

—Que, en medio del aletargamiento oriental, es el único pueblo que piensa, habla, vive y marcha.

—¿Y de los atenienses en particular?

—No se puede emitir ningun juicio sobre la socie-



Interior de una familia griega.

dad ateniense. Esta sociedad no está aun en plena posesion de sí misma: no es europea ni oriental. Si el primer elemento domina, la Grecia será unitaria y tendrá á Constantinopla por capital. Si domina el segundo será federativa como el espíritu democrático del pueblo lo desea y como su configuracion geográfica lo indica.

—En la sociedad ateniense las costumbres europeas, dominan, sin embargo.

—Sí, nuestra civilizacion está allí establecida, pero sin sus matices de delicadeza, de crítica y pundonor;—que hacen falta á las costumbres de los griegos, como las entonaciones particulares de nuestro idioma al francés que hablan. Se puede, sin embar-

go, asegurar que el porvenir de los griegos está en todo el Oriente.

—Sin ninguna duda, pero en un porvenir acaso muy lejano, porque los griegos tienen el defecto de razonarlo todo, de calcularlo todo y de no dejar nada á la aventura. O son muy prudentes ó no lo son bastante, porque á veces es una prueba de prudencia saber ser locos á propósito.

—Sí es una locura querer ser siempre prudentes, replicó con bastante mal gusto el profesor siciliano lanzando una mirada intrépida á las damas.

—Ies, dijo la mujer del comerciante de opio acaso sin haberlo comprendido.

A. PRUST.